

ALPANDEIRE: LA PICOTA Y EL RELOJ

Si alguna vez visitáis la Serranía de Ronda caminaréis de sorpresa en sorpresa. La sierra está llena de misterios. ¿No es una sorpresa que en un lujurioso panorama de bosques impenetrables, de valles encantadores, de montañas azules y de precipicios dantescos se encuentre una iglesia, que más bien pudiera llamarse catedral, por su traza arquitectónica? Construida está allí, en granito y ladrillo, con dos esbeltas torres



La célebre picota de Alpendeire, que aún existe en la era del «Pozuelo», en perfecto estado de conservación

vigilantes que invitan a las águilas a anidar en sus alturas, mientras en sus amplias naves de completo crucero pudiéramos imaginarnos a canónigos beneficiados de pingües prebendas, desgranando sus cánticos litúrgicos ante los once altares que la visten, la enriquecen y la adornan.

Hacia el año 1566, don Diego Medina, primer beneficiado de ese templo, estrenó la casa parroquial y, junto a la suya, otra casa para el sacristán, que también fue forjador y herrador de bestias de carga, porque era el medio máspreciado de poder comunicarse con el resto de la serranía, sin menoscabo de sus funciones religiosas. Quizás él sería el que construyó el reloj. Una joya ignorada, que fue forjada a mano con el mismo martillo que forjó herraduras, y ahí está funcionando imperturbable, marcando las horas de la vida de un pueblo que vive en medio de un paraíso, en la soledad inmensa de la selva, callada y misteriosa. Si, amigos. Ese es el reloj más maravilloso que se pueda contemplar. Cuatro siglos de vida, cuatro ruedas dentadas toscamente, dos cuerdas de esparto y una alcuza de aceite para engrasar las horas, los minutos y los segundos de toda una eternidad. Ese es el reloj de Alpendeire. No tiene precio, porque no se vende. Nadie puede calcular el valor de las horas de una vida y eso lo saben todos los vecinos de aquel lugar que pasan la suya a todos los vientos y a todos los soles de aquellas sierras.

Dicen que fue doña Florita la que costeó la iglesia. ¿Quién sería doña Florita...? Quien fuera tendría la esplendidez de una reina y la tenacidad de una roca. También ayudó el pueblo con su esfuerzo personal. A hombros acarrearón los ladrillos que en varios hornos se cocían. Y ahí está el templo, el más hermoso, el más amplio y el más magnífico de la serranía de Ronda. Dicen que la momia femenina que tan perfectamente se conserva en su cripta es la de Florita. Si es así, hasta en la Eternidad tiene prestigio, pues ha desafiado a la destrucción de la materia con su presencia constante y perdurable.

Veintidós fueron los primeros pobladores cristianos que relevaron a los treinta y siete vecinos moros que habitaban Alpendeire. Los que cubrieron sus campos de moreras para sostener a su industria preferida, el gusano de seda. En 1572 existían 784 moreras; hoy apenas si llegan a media docena. Con ellos, con aquellos moros rezagados, se fue una de las más delicadas industrias conocidas.

Pero no es sólo eso lo que Alpendeire guarda en sus anales. Los fastos militares también son muy curiosos. Queda grabado en la Historia el nombre del regidor don Antonio Tomás Cortés. Hombre astuto y sabedor de fórmulas que allanan los caminos de la diplomacia. Salvó a su pueblo cuando las fuerzas del general francés Atavenci iban a proceder a su destrucción y su capitulación, oportunísima, evitó la catástrofe y conquistó el ánimo y la voluntad del general, al que cautivó con su simpatía, hasta el punto de ser obsequiado por éste con un fusil que aún conservan los bisnietos de don Antonio. Hay muchas formas de ganar batallas y él supo ganar aquella con su gentileza y gallardía.

Esto contribuyó a que el rey Fernando VII, el "Deseado" —deseado por aquellos que medraron a su sombra—, le otorgase Real Cédula de Villazgo y la condecorase con los título de "Muy Noble y Fidelísima Villa", documento fechado en el Real Palacio de Madrid el 30 de octubre de 1814 y, además, se le mandó poner "horca, picota y cuchillo" y demás insignias de jurisdicción civil y criminal. La horca fue colocada en el camino de Ronda y la picota en la era del Pozuelo, donde aún puede contemplarse, perfectamente conservada, dando fe de aquella distinción y privilegio.

Y para terminar, Alpendeire tendrá hasta un Santo. Un Santo de su absoluta propiedad. Un Santo cuya santidad ha traspasado los límites de la leyenda para penetrar en el Reino de los Cielos incorporado a las filas de los bienaventurados. Un Santo que se pasó la vida mendigando, habitando en el sacrificio y recreándose en la pobreza. Una forma como otra cualquiera para alcanzar la gloria. Ese fue Fray Leopoldo de Alpendeire, que en la memoria de sus paisanos existe, después de muerto, como un ejemplo vivo de humildad. Un "misterio" más de la Serranía de Ronda.